

«puede y vale con Dios» (1). DIMITTE ME; *déjame*. Como quien dice: Moisés, no ores, porque estoy resuelto á castigar la ingratitud de mi pueblo, y lo único que puede amansar mi furor es la oración; no ores, pues, no ores; déjame obrar. DIMITTE ME. En otra ocasión, estando dispuesto el Señor á escarmentar de una vez á su pueblo, porque había pecado gravemente y rehusaba hacer penitencia, y presumiendo que el profeta Jeremías había de interceder, adelantase Dios y, llamando al profeta, le dice: *Guárdate, Jeremías, de orar por el pueblo; no te me opongas, porque no he de escucharte* (2). ¿No es verdad, herm. mías, que esto es tiernísimo, y que no podemos desear más, y que nunca habríamos imaginado que pudiera llegar á tal extremo la bondad de Nuestro Dios?... Pues todavía hay más; á mucho más se extiende su misericordia: llega hasta el extremo de alegrarse de que haya quien se interponga para estorbar el castigo. Así como un padre piadoso, aunque amenaza á su hijo, no querría castigarle y tiene prevenidos á algunos amigos ó conocidos que le vayan á la mano; así Dios, que es más que padre y más que madre (3), es tanto el amor que nos tiene, al fin como á hijos que le costamos su sangre y su vida (4), que no querría llegar á las manos, y gustaría que alguno de sus amigos se le pusiese delante, y los anda á buscar, y lo siente mucho y se queja cuando no los halla, pues dice por el profeta Ezequiel: *Busqué quien se interpusiese entre mí y el pueblo como un vallado y pugnase contra mí; mas no hallé ninguno* (5).

¡Pasmoso poder el de la oración! Ya lo dijo Jesucristo: *La oración os omnipotente* (6). Inspirado en esta sentencia, dice San Juan Crisóstomo, que «nada hay tan poderoso como el

(1) Moral., lib. IX, cap. 11.

(2) Jerem., VII, 16; Jerem., XIV,

11.
(3) Isai., XLIX, 15; Jerem., II, 32.

(4) Rom., III, 25; I. Petr., I, 19; Hebræ., IX, 14; I. Corinth., VI, 20.

(5) Ezech., XXII, 30.

(6) Marc., IX, 22; Philipp., IV, 13.

«hombre en oración» (1). Realmente Dios la ha dotado de un poder inmenso, al cual nada resistió en la tierra ni en el cielo; no hay obstáculos que ella no venza, ni males que no evite, ni bienes que no logre. Ella es dueña absoluta de la naturaleza, y cuando así la conviene, parece como que impone nuevas leyes á todos los elementos; las aguas del mar la abren paso; el fuego la respeta y aun la sirve de grato refrigerio; las fieras más indómitas la rinden vasallaje; la tempestad desata sus furores cuando á ella le place; á su imperio huye la enfermedad y retrocede la muerte. No exagero; escuchad.

1. Perseguidos los israelitas por el ejército de Faraón, clamaron indignados contra Moisés diciéndole, que habrían preferido morir cautivos en Egipto, á morir asesinados en el desierto. Y Moisés, el mansísimo caudillo del pueblo de Israel, como le llama San Agustín (2), respondió á la muchedumbre: «No temáis; confiad y veréis los prodigios que ha de obrar hoy el Señor, porque Él peleará por vosotros». ¿Qué recurso quedaba á Moisés en tan apurado trance? El de la oración: á ella acude fervorosamente, y dícele el Señor: *¿Por qué clamas á mí?*, si bien la Escritura no dice que Moisés hablara en esta ocasión. «Cierto, no habló Moisés entonces, exclama San Agustín (3); pero si bien no desplegó sus labios, su corazón no sólo hablaba, sino que gritaba y clamaba á Él, y este clamor llegó hasta el trono de Dios» (4), «porque la vehemencia del amor hace brotar del corazón esos gemidos que San Pablo llama *inexplicables* (5), y que «Dios nunca deja de escuchar», añade San Juan Crisóstomo (6). Acabada su oración, extendió Moisés su mano sobre el mar y éste dividió sus aguas para dar paso al pueblo de Israel (7).

(1) In Matth., cap. 7.

(2) In Exod., quæst. 51.

(3) Ibíd., quæst. 52.

(4) S. August., in Psal. XXVII.

(5) Rom., VIII, 26.

(6) Homil. XIV, ad Roman.

(7) Exod., XIV, 12-22; Psal. LXXVII, 13; Hebræ., XI, 29.

2. Tampoco el fuego resiste al poder de la oración. El soberbio rey Nabucodonosor mandó arrojar á un horno encendido á tres jóvenes caldeos que adoraban al verdadero Dios, porque se negaron á rendir culto á una estatua de oro que él había hecho fabricar. Pusiéronse en oración los tres mancebos y al punto experimentaron su eficacia, pues bajó un ángel á preservarlos de las llamas, haciendo que en medio de aquel fuego activísimo soprase un viento refrigerante que los recrease, y el fuego no les causó el menor daño (1).

3. Del profeta Daniel leemos un suceso parecido. Darío, rey de los Medos, con pretensiones sacrílegas, publicó un decreto mandando que por espacio de treinta días nadie osara adorar á otro Dios que á él, y quien no lo cumpliera, fuera arrojado al lago de los leones. Daniel no quiso doblar la rodilla delante del nuevo dios; antes haciendo gala de fervoroso creyente, entró en su casa, y no contento con adorar á Dios en el retiro de su aposento, como acostumbraba, abrió las ventanas para que todos lo vieran y para dar un testimonio auténtico de la sinceridad con que adoraba y servía á su Dios, haciendo pública profesión de su fe. Acusado por los envidiosos aduladores del rey, éste mandó que lo echasen en el lago de los leones; pero Dios premió las fervorosas oraciones de su profeta cerrando las bocas de aquellas fieras hambrientas para que no ocasionaran la menor lesión á su fidelísimo siervo (2). Y ésta es otra victoria de la oración, á la cual hasta las fieras más indómitas rinden vasallaje.

4. También he nombrado á los elementos de la naturaleza, los cuales, he dicho, desatan sus furiosos cuando así conviene á quien acude á Dios por medio de la oración. Efectivamente: entre otros que pudiera citar, me limitaré á

(1) Dan., III, 94; Luc., XII, 7.

(2) Dan., VI, 22.

referiros en ceñidas palabras el maravilloso suceso que leemos en la vida de Santa Escolástica, elocuente en sumo grado. Acostumbraba la santa visitar anualmente á su hermano San Benito en un sitio cercano al monasterio de éste, para recibir sus consejos en lo relativo al aprovechamiento y perfección de su alma. Presintiendo Escolástica que se acercaba la hora de su muerte, fué á visitar por última vez á su santo hermano. Después de haber cantado los salmos y conversado santamente, como lo acostumbraban, despidióse San Benito para restituirse al monasterio; pero la santa le rogó que se detuviese hasta el día siguiente, para tener el consuelo de hablar durante la noche sobre la felicidad de la bienaventuranza. Negóselo Benito resueltamente; y entonces, viendo la santa que era inútil insistir, bajando un poco la cabeza y apoyándola sobre las manos, recogióse interiormente haciendo una breve oración. Acabada ésta, fraguóse una tempestad de relámpagos y truenos, acompañados de una lluvia tan copiosa, que no fué posible á Benito salir aquella noche para volverse al monasterio. Quejóse el santo amorosamente á su hermana, diciéndola: «Escolástica, ¿qué has hecho?» Y ella respondió: «Te has opuesto á mis deseos; he recurrido á Dios, y me ha complacido» (1). «Escolástica, ¿qué has hecho?» Sí, herm. mías, Escolástica lo hizo, porque no hallando recurso en la tierra, acudió á la oración, que es «llave del cielo», como escribe San Agustín (2); recurrió á Dios, el cual, en frase del Profeta, *hace la voluntad de los que le temen* (3). Y ved aquí otra prueba elocuentísima de la eficacia, del poder inmenso de la oración.

5. Por último, he indicado que la oración es poderosa para ahuyentar la enfermedad y aun para hacer retroceder á la muerte. El rey Ecequías enfermó para morir; así se lo

(1) Vida, 10 de Febr.
(2) Serm. 226, de temp.

(3) Psal. CXLIV, 19.

anunció el profeta Isaías de parte de Dios. Apenas oyó Ezequías este triste anuncio, dice la Escritura que volvió su rostro hacia la pared y oró al Señor diciendo: «¡Ah, Señor!, acuérdate, te suplico, que yo he andado en tu presencia con sinceridad y rectitud de corazón, haciendo lo que es agradable á tus ojos; y prorrumpió en amargo llanto». Conmovo el Corazón de Dios, habló á Isaías diciendo: «Vuelve y di á Ezequías que he oído su oración y visto sus lágrimas; que le doy salud y alargaré quince años su vida» (1).

Pero yo no pretendo, herm. mías, recordar ahora todos los triunfos obtenidos por la oración, porque es absolutamente imposible. Sólo os diré, en resumen, que la oración derribó los fuertes muros de la ciudad de Jericó (2), y obligó al sol á detenerse en su carrera doce horas (3), y mandó á las nubes que no lloviese en tres años y medio sobre la tierra (4), y rompió las cadenas que aprisionaban á San Pedro (5). Las fervorosas oraciones de Pablo y Silas hicieron temblar los cimientos de la cárcel en que se hallaban, y abriéronse de par en par las puertas y se les soltaron las cadenas de sus manos (6). Por la oración obtuvo el leproso el remedio de su enfermedad (7), y recobró la vista el ciego de Jericó (8), y el Centurión la salud de su siervo (9), y el perdón de sus culpas el humilde publicano (10), y el buen ladrón la eterna bienaventuranza (11). ¡Pasmoso poder, repito, el poder de la oración!

No hay que extrañarlo, porque este poder, esta omnipotencia de la oración se funda en la infalible promesa de Jesucristo y en sus méritos infinitos; pues, como observa Santo

(1) IV. Reg., XX, 1; Isaí. XXXVIII, 5.

(2) Josue, VI, 20; Hebræ., XI, 30; II. Machab., XII, 15.

(3) Josue, X, 13.

(4) III. Reg., XVII, 1; Luc., IV, 25; Jacob., V, 17.

(5) Act., XII, 7.

(6) Act., XVI, 26.

(7) Matth., VIII, 2.

(8) Marc., X, 52; Luc., XVIII, 42

(9) Matth., VIII, 13.

(10) Luc., XVIII, 14.

(11) Luc., XXIII, 43.

Tomás, «no nos exhortaría Jesucristo á que le pidiéramos, si no quisiera dar» (1). Por eso dijo: *Cuanto pidiereis en la oración, creed que lo recibiréis, y todo os sucederá á medida de vuestros deseos* (2). Pero este punto ya se ha tratado. También procede la eficacia de la oración de los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo, los cuales fueron aceptados por el Padre celestial, con la gracia inefable de que pudieran aplicarse á nosotros; de suerte que si nosotros pidiéramos por cuenta propia, prescindiendo en absoluto de *nuestro único medrador Jesucristo* (3), nuestras oraciones serían ineficaces. Pero si nuestras súplicas al Padre celestial van recomendadas y garantidas con los merecimientos de su Unigénito Hijo, de los cuales *somos con Él herederos*, como dice el Apóstol (4), entonces gozan de eficacia indefectible y logran cuanto piden. Por eso la Iglesia, nuestra Madre, termina todas sus oraciones interponiendo dichos méritos «por Jesucristo Señor nuestro».

Así es, herm. mías, porque Cristo es suavísimo deleite, donde se recrean todos los sentidos divinos, dice el P. Niemberg (5); ninguna cosa le parece á Dios hermosa, si no es por Cristo (6); ninguna le causa suavidad y fragancia, si no va mezclada con el buen olor de Cristo (7); ninguna unge y atrae su misericordia, si el misterioso aceite del Nombre de Cristo no la fomenta (8); finalmente, ninguna le agrada, ni es de gusto al Padre, si no va sazónada y como endulzada con la Pasión y amarguras de Cristo (9). Ya, pues, que carecemos de méritos propios, acerquémonos todos los días al trono de la gracia (10) por medio de la oración, adornados como Jacob (11) con los vestidos de nuestro Hermano mayor

(1) 2. 2., q. 83, art. 15.

(2) Marc., XI, 24.

(3) I. Timoth., II, 5.

(4) Rom., VIII, 17.

(5) Adorac. en espirít., cap. 3.

(6) II. Petr., I, 17.

(7) II. Corinth., II, 15.

(8) Cant., I, 2.

(9) Rom., VIII, 17.

(10) Hebræ., IV, 16.

(11) Génes., XXVII, 27.

Jesucristo (1), para recibir la bendición de Dios. Vistámonos con los méritos de Cristo, porque nos los dió, y nuestros son y causa de nuestra justificación (2). Engalanados con esta preciosa vestidura, embellecidos con esta púrpura real, pongámonos en la presencia de Dios, seguros de que no nos negará nada de lo que le pidiéremos por su Unigénito Hijo, porque entonces ya no pedimos para nosotros, sino para Cristo, por quien nos viene la gracia.

Si oramos de esta suerte, no lo dudéis, seremos como dioses en la tierra (3), pues lograremos con el favor divino esa pasmosa omnipotencia, á cuyo imperio obedecen la naturaleza y sus elementos, el cielo y la tierra, el agua y el fuego, la enfermedad y la muerte, y después de ella, y como última prueba de la eficacia de nuestras oraciones, se nos abrirán las puertas de la gloria y *entraremos en el gozo de nuestro Dios* (4), por quien tanto hemos suspirado, para gozar de sus amores por toda la eternidad.

(1) Rom., VIII, 29; Rom., XIII,

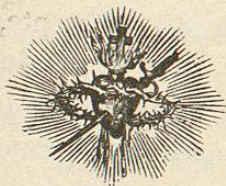
14.

(2) Rom., III, 24.

(3) Psal. LXXXI, 6; Act., XVII,

28.

(4) Matth., XXV, 21.



CONDICIONES DE LA ORACIÓN